
Francisco Checa ()*

*Oportunidades socioeconómicas
en el proceso migratorio
de los inmigrantes africanos
en Almería*

UN «MAR DE PLASTICO» SOBRE UNA ESTEPA

En la España actual el fenómeno de inmigración es muchísimo más reciente –aunque muy acelerado en la última década–, que en los países desarrollados europeos y EE.UU. Por ello, las cifras no son tan destacadas: los extranjeros residentes en España, incluidos los irregularizados, no supera el 1,6%, mientras que, v. gr., Luxemburgo contabiliza el 26%, Bélgica el 8,7% y la R.F.A. el 7,7%. Es decir, en una sociedad de corte migratorio como la española se ha pasado, en tan solo unos pocos años, de ser un país emisor a ser un país receptor (Izquierdo 1992; Informe de la DGM 1993). Ahora somos un *país de destino*; nuestro suelo no es un tránsito para llegar a Europa: el 78% de los emigrantes han venido «directamente a España».

Dentro de España, Almería está poniéndose a la cabeza de las provincias de inmigración. Las zonas actualmente más ricas, los Campos de Dalías y Níjar, son las que albergan el mayor número de inmigrantes de la provincia, gracias a la implantación de la agricultura intensiva. ¿Qué ha sucedido?

Este fenómeno *pull* o de atracción migratoria no puede entenderse separado del desarrollo agrícola que esta zona de la provincia de Alme-

(*) Universidad de Almería.

ría ha sufrido en los últimos 20 años, gracias a la horticultura mediterránea que se ha extendido con los cultivos bajo abrigo o en invernaderos.

El Campo de Dalías –también conocido como «Poniente almeriense»– es un llano litoral situado en el SO de la provincia, con una extensión de unas 30,000 ha. Es la franja que queda entre el circo de montañas de la Sierra de Gádor y el mar Mediterráneo. Hasta 1953 era un enorme erial o espacio estepario de utilización extensiva invernal de ganadería menor, si exceptuamos pequeños enclaves en el sector occidental regados con manantiales de la sierra de Gádor: en total unas 800 ha. de parcelas que continuaban los cultivos típicos de las hoyas más septentrionales de Dalías y Berja. La calidad del suelo, su salinización: cubierto de una costra salino-caliza; la endémica aridez: menos de 300 mm de lluvia anual, distribuida torrencial y desigualmente, y los fuertes vientos, eran factores que se oponían a un buen aprovechamiento agrícola. Por ello, tradicionalmente esta zona se sustentaba de la pesca, la agricultura extensiva de cereales, en secano, la ganadería y las salinas; hasta hace un siglo también de las uvas.

Sólo la existencia de importantes acuíferos subterráneos, perforados en 1954 por el Instituto Nacional de Colonización (INC) (95 pozos), que proporcionan un caudal superior a los 7.000 l/s; segundo, la extensión de los «enarenados», una peculiar técnica de cultivo que derivó, desde 1965, en la difusión de los invernaderos de plástico; y, por último, gracias al esfuerzo de los campesinos, entre todos han producido una transformación total de la zona. Por su parte, el INC compró fincas, las parceló y repartió la tierra entre colonos (mayoritariamente familias granadinas y almerienses, de la comarca de Las Alpujarras), para los que construyó viviendas en nuevos núcleos (San Agustín, Solanillo, Las Norias, Las Lomas, Las Marinas, etc.). Esto ha permitido que el precio de una hectárea de secano, de limitada rentabilidad, haya pasado de menos de 100.000 ptas. cuando se encontraba comprador, a más de 10 veces, cuando se encuentra quien la venda.

Los resultados de los primeros invernaderos fueron tan espectaculares que inmediatamente se extendió su construcción (que al principio no fueron más que plásticos, sujetos por maderas y alambres). Si en 1963 había algo más de media hectárea de invernadero, en 1984 alcanzaba las 14.000 (de las que 12.425 han sido desarrolladas por el INC) y en 1995

las 22,000 ha. (1). Consecuentemente, la renta agraria ha pasado de 5.700 millones en 1953 a superar los 100 mil millones en la actualidad. Riqueza que, además de estar bastante distribuida entre los habitantes, ha propiciado el crecimiento de otros sectores productivos y un crecimiento demográfico espectacular (2).

Esto es, entre 1955 y 1977 la renta agraria ha crecido en Almería 7 veces, frente al 2,5 del conjunto de Andalucía Oriental y 2 la media nacional. Ya a mediados de los setenta empezaba a hablarse del *milagro* de la agricultura almeriense: el *oro verde*. Realmente el quinquenio 1970-1975 es el cambio significativo en el comportamiento demográfico y la explosión económica. De manera que si Almería tenía una renta de 30.711 ptas. en 1969 (49.303 la media nacional), pasa a ser en 1987 de 648.985 (599.433 media andaluza). La transformación, sin duda, se debe al desarrollo de la agricultura (Mendizábal 1986; Palomar 1992; Provansal-Molina 1989).

(1) Las construcciones de invernaderos continúan realizándose, a pesar de las restricciones legales (necesidad de permisos, aprobación municipal para la concesión de créditos agrícolas, etc.); a los costes de su construcción el agricultor ya suma las 500,000 ptas. de multa. Ahora bien, de forma furtiva se están ocupando terrenos comunes, en medio de la Rambla de Dalías, cerca de la playa, en lugares inhóspitos, muy cerca del Parque Natural de Puntaentinas, en las cotas 100 y 200 de las faldas del monte, etc.; al tiempo que se abandonan los terrenos que ocupaban los primeros –parcelas muy pequeñas– y los peor dotados. Hoy se prefieren de al menos una hectárea.

La gran cantidad de hectáreas para regar está sobreexplotando el acuífero: como los pozos más superficiales se van salinizando, cada vez hay que perforar más abajo, en busca de agua de mejor calidad, que a medio y largo plazo termina salinizándose también. La escasez de agua puede ser un grave problema del futuro próximo, si no se toman unas medidas pertinentes eficaces (pues a partir de 1973 la administración prohibió la excavación de nuevos pozos): «esta agricultura tan hiperintensiva, que funciona gracias a unas aportaciones en capital muy elevadas e importantes cantidades de trabajo manual, se queda bajo la dependencia de una fuente natural extremadamente frágil: el agua de los acuíferos» (Roux 1995:99).

(2) De los 8.000 hbs. de 1950 (concentrados en la franja costera); en 1981 ha superado los 55.000 hbs., distribuidos además por los 8 nuevos pueblos, dispersos por el Campo). Si El Ejido contaba con 1641 hbs. en 1950, en 1984 tenía 16,840, desplazando a Dalías, que hasta unos años antes había sido su capital (5.800 hbs. en 1984). En la actualidad cuenta con una población de hecho de 127.737 habitantes, según el Censo de Población de 1991. El Ejido tiene 41.700 hbs; Roquetas de Mar recoge de hecho a 32.361 personas; Adra, el más pesquero, alcanza los 20.002 hbs.; Vícar con 11.976, Berja con 11.966 y La Mojonera con 5.448 hbs. son el resto de municipios destacables. Además, la pirámide de población presenta una parte baja y media muy anchas: se trata de una población muy joven. Tomando la población de derecho: menos de 10 años: 21.133 hbs. (17,3%); entre 11 y 20 años: 23.390 hbs. (19,6%); entre 21 y 40 años: 40.589 hbs. (33,2%); entre 41 y 60 años: 22.563 hbs. (18,4%); entre 60 y 75 años: 10.143 hbs. (8,3%) y más de 75 años: 3457 hbs. (2,8%). Esto es, el 70,1% de la población del poniente almeriense tiene menos de 40 años.

Los factores que han permitido este desarrollo han sido: primero, las excepcionales condiciones climáticas, la suavidad de las temperatura invernal y la alta insolación anual que permiten condiciones ambientales favorables. Segundo, los acuíferos subterráneos y su explotación con pozos. Tercero, bajo coste de las instalaciones del invernadero (comparadas con otros sistemas) y su fácil construcción. Cuarto, espíritu de iniciativa para incorporar mejoras técnicas y la capacidad de trabajo de los campesinos. Quinto, fácil acceso a la propiedad de la tierra (la mayoría son propietarios: el 93,3%; arrendatarios el 2,2% y el 3,9% de aparceros). Sexto, fuerte demanda en los mercados europeos de los productos hortofrutícolas. Séptimo, desarrollo en el sistema de transporte (García 1994: 9-10).

Desde la década de los ochenta, la tecnología empleada en los invernaderos permite obtener elevados beneficios con muy poca superficie (8-10.000 m²), en comparación con la que se necesitaría para alcanzar beneficios similares en secano o en cultivos extensivos (decenas de hectáreas). Según este modelo de producción intensiva y el volumen de producción, la mano de obra exigente es de un mínimo permanente de 2 ó 3 personas por ha. (a veces más, según el cultivo, como la habichuela). El modelo de gran explotación agraria capitalista fracasó (grandes extensiones de invernaderos cultivados por mano de obra totalmente asalariada); por ello, los regímenes de tenencia son la mediana y pequeña propiedad o explotación familiar; pero como la mayoría de los hijos-as de los agricultores son estudiantes y ha descendido el número de hijos por familia, los trabajos han de realizarlos, aparte del dueño, mano de obra contratada, especialmente de los inmigrantes (africanos en su mayoría: magrebíes y centroafricanos). La actual crisis económica que envuelve al país ha incidido también sobre la agricultura, pero no de manera tan acentuada; de cualquier modo, los trabajos de invernadero han de hacerse todos prácticamente de forma manual; por ello, sin inmigrantes los invernaderos –o cualquier agricultura intensiva– tienen un futuro más que incierto (Aragón 1993).

En resumen, el litoral mediterráneo almeriense ha pasado, en tan solo unas décadas, de ser un erial para el ganado, a ser un «mar de plástico»: una horticultura intensiva que genera productos hortofrutícolas por valor superior a los 100 mil millones de pesetas. La necesidad de

mano de obra no especializada ha atraído a gran número de inmigrantes del continente africano.

METODOLOGIA

El presente trabajo es el resultado de más de cuatro años de investigación continuada. Bien dentro del marco de las subvenciones de la Dirección General de Migraciones (3), como de la Junta de Andalucía (Consejería de Asuntos Sociales) (4). Las fases y momentos, tanto en la recogida del material de campo como de análisis e interpretación de los datos, han ido sucediéndose paralelas al desarrollo de los acontecimientos en este terreno.

Desde un primer momento, traté de entender la emigración desde la perspectiva vital de los carentes de poder, los marginados: los inmigrantes. Traté de leer la inmigración en *clave inmigrante*. Pero no ha sido fácil, pues para ello necesitaba escuchar mucho a los inmigrantes y, sobre todo, que ellos hablaran. Y «ganarse» a un inmigrante y entrar en los diferentes colectivos, en los círculos de amistades y de influencia, es tarea de tiempo, de saber estar, especialmente de ir ofreciendo algo a cambio, bien al colectivo o al individuo que nos introdujo (dinero, ayuda para conseguir la documentación, una cinta de vídeo); y tampoco sin olvidar la necesidad de tener un poco de suerte.

Ocasionalmente he utilizado como vía de acceso a estos colectivos la plataforma de las instituciones y organizaciones de ayuda (el primer año fui profesor voluntario de español para inmigrantes, dentro de la ONG «Almería Acoge»); a éstas acuden, alguna vez, la gran mayoría de los inmigrantes, en especial los recién llegados: buscan ropa, comida, o para ducharse o buscar el paradero de amigos, recibir cartas, etc. Sin embargo, normalmente he preferido los cauces informales, favoreciendo

(3) Bajo el Proyecto *Invernaderos e Inmigrantes: el problema de la adaptación de un colectivo marginal*, campañas 1991-2 y 1994-95, que yo mismo he dirigido.

(4) En el Proyecto *La integración social de los inmigrantes. Evaluación de recursos y necesidades* (1992-95), realizado en la Facultad de Psicología de la Universidad de Sevilla, bajo la dirección de Manuel F. Martínez, y en el que yo he participado como investigador; corresponde al libro publicado por nosotros (Martínez *et al.*, 1996).

siempre un contacto, comunicación y trato *cuasi* familiares, que a medio plazo ofrece más estabilidad y confianza, así como la posibilidad real de acceder a otros informantes (efecto de *bola de nieve*), siguiendo las características que yo mismo marcaba. Parece como si el inmigrante, por su naturaleza, fuera desconfiado y receloso de los nativos –y de ellos mismos, en muchos casos–; teniendo además en cuenta que un alto porcentaje reside en España de forma irregularizada, esta actitud se agudiza: teme a los policías, a infiltrados, a jefes que los explotan, a paisanos que los engañan, etc.

No obstante, los inmigrantes valoran sobremanera el comportamiento del investigador en varios momentos: aquellos cuando nuestra presencia supone mostrar un interés por su vida, sus cosas, su problemática, su situación de desarraigo (más allá de la insistente obtención de datos empíricos): como en la inauguración de la sede de una asociación, una visita en un encierro de protesta, en la celebración de sus fiestas o tomar unas cervezas en lugares donde únicamente asisten inmigrantes. Pero, por encima de todos, la mejor aproximación es cuando el investigador los visita en su casa –más incluso que ofrecer una invitación a la nuestra propia– y come con ellos, de la misma fuente, siguiendo sus costumbres; acaban de considerarte como «uno de los nuestros».

Aparecer con algún regalo (especialmente comida –arroz– o ropa), en general supone ser considerado como *amigo de los inmigrantes*. Acompañarlos a los bares; acercarse a la mezquita los viernes en la oración del mediodía (*duhr*), etc.; hablar en la televisión local en su defensa o dar una charla sobre la problemática del colectivo, supone ganar su confianza. Aún así, es mucho más difícil acceder a unos colectivos que a otros: argelinos y mauritanos que a marroquíes; senegaleses y gambianos que a guineanos; por sus peculiaridades nacionales, su hábitat, carisma del líder, etc.

Por lo demás, a parte de esta serie de actitudes y predisposiciones del investigador, de todo lo anterior no se deduce que el material de campo ya se haya conseguido, ni mucho menos interpretados los datos.

Durante la primera campaña de recogida de material (1993-94), el universo de informantes entrevistados en profundidad se remontó a 20, la mayoría (15) magrebíes y de éstos, 12 marroquíes: 6 de Casablanca, 3

de Fez y Meknes y 3 de zonas rurales del norte o Rif. Dos eran argelinos y un tunecino; 2 egipcios y 3 senegaleses, todos éstos procedían del mundo urbano. El visado de turista fue el medio más utilizado para entrar en nuestro país, excepto tres que cruzaron el Mediterráneo en patera; uno de polizón y otro con un visado colectivo (todos marroquíes). 12 están regularizados y 8 «no tienen papeles».

La totalidad de los 20 trabajaban en los invernaderos y para 8 España no era el único país de emigración; 17 estaban solteros; de los tres casados, dos son marroquíes y un argelino se casó el 25 de febrero de 1994 con una española. Sus edades oscilan entre los 19 y 38 años. Según aseguraron, 6 tienen carreras universitarias —4 las abandonaron en el último o penúltimo cursos—; 4 son prácticamente analfabetos, y el resto tienen el equivalente al graduado escolar o el bachiller superior españoles. El informante que más tiempo lleva en España es el senegalés, quien entró en 1987. Después un marroquí, en 1989. El resto cruzaron las fronteras entre 1991 y agosto de 1993.

Las entrevistas se realizaron en español o francés y árabe (con un intérprete marroquí). Además mantuve 5 sesiones de discusión y debate, de unas 2-3 horas de duración, con al menos 4 inmigrantes.

Respecto a la campaña de investigación de 1994-95, el universo de inmigrantes con el que hemos conectado ha sido muy superior, tanto desde el Proyecto *Invernaderos e inmigrantes*, como el de *Recursos y necesidades*; además, se han realizado dos macroencuestas. Si consideramos como entrevista (con carácter espontáneo o provocada) un diálogo dirigido sobre una o varias cuestiones de interés, se han realizado más de 100; pero de manera completa, son 45 entrevistas en profundidad, enfocadas a detectar, de un lado, los aspectos socioculturales y económicos más importantes que intervienen en el proyecto migratorio, la situación actual del inmigrante y su proyecto de futuro, a corto, medio y largo plazo; de otro, a conocer los problemas de su colectivo: de salud, vivienda, trabajo, consecución de la regularización, etc. Han sido, por nacionalidades, 25 marroquíes, 4 argelinos, 7 guineanos, 4 senegaleses y uno de Malí, Gambia, Costa de Marfil, Etiopía y Egipto; representantes del mundo rural y urbano en sus diferentes países de origen; 30 solteros y 15 casados; 38 varones y 7 mujeres; 35 musulmanes, 5 cristianos y dos animistas; 2 se declaran agnósticos y uno ateo. Sus ocupaciones labora-

les en destino son: la agricultura (20), venta ambulante (4), propietarios de tiendas (2), construcción (4), servicio doméstico (4), hostelería (5), en paro (4) y sus labores (2).

Mediante las historias de vida el investigador puede comprobar la situación familiar y personal en origen, su educación y pautas culturales, la organización social y el parentesco, los mecanismos que motivaron a la persona a emigrar, la consecución del dinero para el viaje y la forma de realizarlo, la forma de vida que desarrolla en Andalucía y los cambios producidos, etc. Hemos llevado a cabo 14 historias de vida: 5 marroquíes, 2 argelinos, 2 guineanos de Bissau, 2 senegaleses y uno de Costa de Marfil, Egipto y Malí. Todos son varones, excepto tres mujeres.

Los grupos de discusión son muy valiosos para contrastar información. Los debates entre ellos, contradicciones de unos y la diversidad de opiniones, los conceptos utilizados y las expresiones de la cara que ponen, ante ejemplos y afirmaciones de sus compañeros, son válidas para comprender situaciones, verificar aseveraciones anteriores o deshechar hipótesis. Temas como la documentación, la vivienda, el trabajo, las actitudes racistas –de los andaluces y entre las diferentes nacionalidades del colectivo–, en contraste con sus valores, la salud y la cuestión de la integración social, fueron debatidos en los 10 grupos de discusión (con marroquíes, argelinos, senegaleses y guineanos; tanto con grupos de igual nacionalidad, como mezclándolas). Tres grupos de discusión fueron con los inmigrantes que colaboraron como informantes, con agricultores empresarios y otro con mujeres.

Y las dos encuestas. La primera, subvencionada por la Junta de Andalucía y diseñada para comprobar el grado de integración social de los inmigrantes, se refiere a sus recursos, necesidades y apoyo social; la han contestado 600 inmigrantes de las provincias andaluzas que más inmigrantes concentran (Almería, Granada, Málaga, Sevilla y Cádiz); 143 corresponden a Almería: 112 marroquíes, 9 argelinos, 8 de Guinea-Bissau, 5 de senegal y 9 de otros países; en total 118 varones y 25 mujeres (Martínez *et al.*, 1996). De ella, para la redacción de este artículo he extraído los aspectos que consideraba más interesantes. La segunda, denominada de *Proyecto migratorio* (enfocada a comprobar la percepción en los inmigrantes del riesgo que corren abandonando su país, el *rite de passage* que significa para ellos cruzar el Mediterráneo y el nivel de

ahorros y envíos a la familia), se pasó, de manera complementaria, a los 143 encuestados y a 57 nuevos (200 en total); en 1995 se entrevistaron sobre su proyecto migratorio a otros 200 inmigrantes, pero sus resultados no los he tenido aquí en cuenta. La muestra de este artículo son 130 magrebíes y 70 centroafricanos. Sus resultados son los que analizo en las páginas siguientes.

INMIGRANTES AFRICANOS EN TIERRA DE PROMISION

Aproximación cuantitativa

Según el plan de regularización al 10-XII-1991, con datos de la Dirección General de Migraciones al 14 de agosto de 1992, en la provincia de Almería se presentaron 3.868 solicitudes (El Ejido: 1.520, 39%; Roquetas: 820, 21%; Almería: 479, 12%; La Mojonera: 412, 11%, etc.); por nacionalidades sobresalen los marroquíes, que sumaban 2.978, el 77%, los argelinos, con 299, 8%, guineanos, 281 y senegaleses, 160; hasta un total de 51 países. Por sectores destacan el agrícola, que recibe 2.912 solicitudes; el sector servicios, como venta ambulante 513 y 70 empleadas de hogar. Del total, el 93% eran hombres y solo el 7% de mujeres. El 86% —3.344— tienen una edad comprendida entre 16 y 33 años (5) (Aragón-Chozas 1993: 67-129, para el estado español).

Los datos oficiales a marzo de 1994 registran pocos cambios sustanciales respecto a la primera regularización (Izquierdo 1995). En Almería hay un total de 5.893 extranjeros regularizados, de los que 3.156 —el 53,5%— proceden del tercer mundo, del continente africano especialmente (2.201), pudiendo ser considerados como *inmigrantes económicos*. Tan solo 419 personas menos llegan del occidente desarrollado: 2.737 —el 46,5%—, la mayoría pertenecen a matrimonios de la tercera edad, atraídos por el buen clima: 2.593 europeos, ingleses 1.258 y el resto nor-

(5) Apréciase la selección negativa en el país de origen; es decir, es la presión estatal interna la que los empuja a salir. Por ello viajan los mejor dotados, que son quienes más divisas ingresan con sus ahorros en destino.

teamericanos (6). De africanos destacan los magrebíes: 1.718 son marroquíes, 139 argelinos, 12 egipcios y 10 tunecinos y mauritanos. Los 312 restantes son centroafricanos.

Estas cifras de la Dirección General de Migraciones solo reflejan los individuos con permiso de residencia en vigor, pero la realidad del movimiento migratorio hacia Almería es algo diferente, aunque muy aproximada en algunos casos, como los inmigrantes procedentes de Egipto, Túnez, Mali o Ghana, que llegaron antes de 1991 y prácticamente todos tienen su situación regularizada. En el caso de los marroquíes, argelinos, guineanos (120) y senegaleses (81), los inmigrantes reales doblan con creces los datos oficiales. Por ello, según datos de la Oficina de Extranjeros de Almería al 15 de Julio de 1993, en la provincia residen más de 8.000 regularizados y unos 1.000 de forma indocumentada. En realidad, a primeros de 1996 estimo que hay casi 3.500 marroquíes, unos 350 argelinos, 400 de Guinea-Bissau y Conakri, unos 300 senegaleses y más de 100 gambianos y mauritanos.

Aplíquese, no obstante, a estas cantidades cierta flexibilidad. Primero, porque regularizar la situación en una provincia concreta no significa, por necesidad, que el inmigrante resida en ella permanentemente, aunque sí lo más habitual (pues, a pesar de que ellos consideran ciertas zonas españolas donde se alcanzan «los papeles» con mayor facilidad y traten de regularizarse allí, es presumible que los inmigrantes, en su gran mayoría, pidan regularizarse en la misma ocupación y lugar donde desempeñaban sus trabajos en condiciones de irregularizados). Sin em-

(6) Sin embargo, los almerienses creen que «ya hay demasiados moros y negros» y que son los más numerosos, con diferencia. Estos datos dejan claro que la percepción social de los almerienses, respecto al número de extranjeros es inadecuada, pues la diferencia cuantitativa entre extranjeros del mundo desarrollado y los africanos es prácticamente inapreciable. El problema que se presenta es tanto por su color de piel como por la clase social a la que unos y otros pertenecen. Unos vienen de vacaciones y compran apartamentos y duplex. Los inmigrantes son mano de obra disponible, barata y sumisa. Por ello, su carga semántica, eminentemente negativa, viene asociada con la pobreza y con el subdesarrollo, creando el término -entre el colectivo y los autóctonos- una distancia social expresada en términos culturales. Esto es, los africanos, pobres en origen y destino, causan más miedo a la población española que el resto de extranjeros, aunque los ingleses y los alemanes están escasísimamente integrados -a pesar de sus varios años de residencia-: a penas hablan el idioma, visitan bares regentados por compatriotas, beben juntos, salen juntos, prácticamente no hay matrimonios mixtos, etc. Ahora bien, cuando la población del poniente habla de ellos reconoce a unos como extranjeros e inmigrantes a los otros.

bargo, como los inmigrantes africanos afincados en Almería son peones agrícolas temporeros, un gran número van siguiendo el circuito que yo denomino *el ciclo agrícola nacional de inmigrantes* (7) y presentan los papeles «donde me pilla el plazo». Segundo, el número varía gracias a esta misma movilidad, incluso en idas y venidas a sus países de origen. Tercero, porque los flujos continúan ampliándose, sea de forma clandestina, con visados de turista, o a través de Canarias y Portugal.

Atendiendo a la emigración regularizada, la población de inmigrantes sobre el total de los vecinos o población de estos municipios representa: La Mojonera el 9%, El Ejido el 2,5% y Roquetas el 2%.

Perfil sociodemográfico

Los marroquíes asentados en Almería tienen sus orígenes repartidos entre 31 provincias, la práctica totalidad del territorio del país. Destacan por su volumen los procedentes de Casablanca y Rabat-Salé (el 15% del total). Ahora bien, casi el 50% de los inmigrantes marroquíes proceden de las provincias del norte: Nador, Oujda (Uxda), Al Housseima, Titt'aouen (Tetuán), El Araich (Larache) y Taudja (Tánger) (8); el 25% ha llegado desde el interior (Fez, Beni-Mellal y Kenitra —el 7%—; Settat y Marrakech —el 4%—) y la costa atlántica (Agadir) (Cózar 1994).

Sobre el total de inmigrantes marroquíes residentes regularizados en esta provincia, el 77% eran residentes en núcleos urbanos (superiores a

(7) Por ejemplo: de octubre a marzo en el Poniente almeriense; de abril al 15 de mayo, en la fresa del Lepe (Huelva); del 15 de mayo al 15 de junio, recogiendo albaricoques y tomates en la zona de Murcia; después, hasta el 15 de octubre, es la recogida de la manzana en la provincia de Lérida, Zaragoza o Huesca (Solé 1988); otros buscan la uva y las patatas de La Rioja o los cítricos del Levante; para finalizar en la aceituna de Jaén (finales de diciembre a primeros de febrero) (conf. Narbona (1993:151), sobre el ciclo agrícola de la zona septentrional de la península).

(8) Cuando nos referimos a la emigración marroquí —y rifeña, en especial— a Andalucía, normalmente consideramos como elemento definidor la cercanía de ambos países y el subdesarrollo de país vecino; pero no esgrimimos otras causas de la situación de esta zona del norte de Marruecos. El marroquí M. Naciri (1992) ha realizado un estudio sobre la emigración en el norte de Marruecos y explica por qué estas regiones del Rif y Yebala —«el pariente pobre de la modernización en Marruecos»— son las principales expulsoras de emigrantes: ecología degradada, mundo urbano en crisis, economía desestructurada por los efectos nocivos del contrabando, cultivo de kif y ser gobernadas por personas de otras zonas del país, sin un poder regional, así como las frustraciones acumuladas desde la independencia.

2.000 habitantes), y suelen ser emigrantes por primera vez, dirigiéndose directamente a Almería desde Casablanca, Rabat-Salé, Tetuán, Tánger, Fez y Marrakech. Quienes llegaron desde zonas rurales suponen el 23,9% (de las provincias del norte: Alhucemas, Uxda, Larache). El 65,2% fue su primera emigración; el 34,8% ya habían estado antes en otros países europeos, incluso habían realizado una emigración interna campo-ciudad.

La mayor parte del colectivo argelino procede del Tell, amplia franja que ocupa el norte del país, desde la costa mediterránea hasta las cumbres del Atlas telliano (donde están las grandes poblaciones del país (Argel, Blida). Los nacidos en Ben Menaiel suponen el 30% de los inmigrantes. Llegan vía Alicante y a través de Marruecos. Se concentran en La Mojonera (31,4%), Campohermoso (Níjar) (30,1%) y en El Ejido (33,5%) –en sus barriadas de Santa María del Águila y San Agustín–.

Los inmigrantes de Guinea-Bissau proceden en su mayoría de zonas rurales, si bien muchos ya estaban asentados en las ciudades y la capital; llegan, especialmente vía Portugal, antigua metrópoli –algunos con la doble nacionalidad– o desde Canarias, a donde entraron por Mauritania. El 70% proceden de Canchungo, Gabú y Bissau. Pertenecen a las tribus *manjaco* y *fula*. Casi su totalidad están concentrados en Roquetas de Mar, pero los problemas de escasez de viviendas les obliga a residir en los cortijos de alrededor y en otros municipios cercanos (como La Mojonera o San Agustín).

Los senegaleses proceden en su mayoría de Dakar, su capital (pero nacidos en zonas rurales). Llegan vía Canarias o Marruecos. También residen en Roquetas, aunque un fuerte colectivo de medio centenar –la gran mayoría casados– se dedican a la venta ambulante en la capital.

El resto de africanos (Malí, Gambia, Ghana, Guinea-Conakry, Costa de Marfil) asimismo proceden del mundo rural, aunque en los últimos años muchos habían llevado a cabo una inmigración interior, hacia las ciudades más importantes del país, incluso toda la familia. También llegan vía Canarias, Barcelona, Madrid y Marruecos. Prácticamente todos residen en Roquetas, cortijos de alrededor y, muy recientemente, también en La Mojonera y barriadas de El Ejido.

Sus características socioeconómicas son: el 93% de los inmigrantes asentados en Almería son de origen africano y la mayoría proceden del mundo urbano (aunque, como digo, tengan un origen rural).

El 96,1% son varones. Entre las mujeres que han llegado de Marruecos son escasas las casadas; abundan las divorciadas y las solteras (64%), que andan cerca de la prostitución y los locales nocturnos de al-terne en Aguadulce y la capital. Proceden de centros urbanos del país. Las 10 mujeres de Guinea-Bissau y Senegal ha llegado gracias a la reagrupación familiar (66,6%); algunas son madres, hasta con hijos ya nacidos en España.

Su estado civil es, mayoritariamente, de solteros (el 78,5% en los procedentes del Magreb y el 73,8% en los centroafricanos). Esto frena, por unos años, el reagrupamiento familiar –salvo hermanos y primos– pues, como se aprecia, la gran mayoría carece de mujer e hijos. Por ello, la reunificación se está observando en los inmigrantes que vienen del mundo rural, que son personas mayores y casadas. Por otro lado, su estado de soltería abre un buen camino a la consecución de matrimonios mixtos (por amor), que ya empiezan a producirse; aunque con más profusión entre la población magrebí que con los centroafricanos (el color de la piel sigue siendo importante). Por supuesto excluyo a quienes se casan por obtener el permiso de residencia y no llegan ni a conocer a «su» esposa (9).

Otro rasgo a destacar es su juventud: el 75% de los varones tiene entre 18-30 años. En las mujeres el grupo mayoritario está entre los 25-40 años (en los comienzos de los movimientos migratorios las mujeres siempre tienen menos posibilidades de salir). Se confirma, pues, que la lógica en la emigración y asentamiento femenino es diferente: no sólo está en función del reagrupamiento familiar, sino también de la actividad laboral (una mujer, por ejemplo, no viene a trabajar a los invernaderos, aunque no faltan quienes lo hacen), a la que se incorporan por sí mismas, sobre todo las solteras, divorciadas y viudas. Además de que para ellas es mucho más difícil conseguir un visado para salir de estos países que en el caso de los hombres.

(9) Es conocido en el Poniente –y en toda Andalucía– la existencia de abogados que preparan todo el papeleo necesario (incluido el consentimiento de divorcio), para que un inmigrante pueda contraer matrimonio con una española (normalmente mujeres prostitutas, cerca del mundo de la droga), y así conseguir el permiso de residencia tipo C (cinco años de validez). Sus honorarios oscilan entre las 250.000 y las 400.000 ptas. Los mismos abogados de algunas ONG's preparan la documentación a inmigrantes que han encontrado una mujer que quiera contraer matrimonio con ellos, aún a sabiendas que va a ser un «matrimonio no duradero».

Son una población, en origen, profesionalmente de escasa cualificación: jornaleros, agricultores, estudiantes de primaria, pescadores, vendedores ambulantes; pero tampoco faltan los estudiantes universitarios (con carreras sin terminar) y titulados medios y superiores –incluso ejerciendo en sus países–, especialmente quienes proceden del mundo urbano. Las mujeres no tienen profesión, aunque muchas declaran ser costureras. En destino su situación laboral es precaria, lo que implica inestabilidad, tanto en la residencia como en el trabajo: el 67% han cambiado de residencia al menos una vez en el último año. Los trabajos a los que se ven abocados les obligan a ello: la agricultura (los invernaderos y otros trabajos, esparcidos por la geografía nacional), la construcción, el servicio doméstico, etc. (Narbona 1993; López y otros 1993) (10).

OPORTUNIDADES SOCIOECONOMICAS EN SU PROCESO MIGRATORIO

Ya sabemos que la expansión económica del Poniente almeriense significa el espectacular desarrollo de la horticultura, que ha convertido un antiguo erial en un «mar de plástico»; y, como consecuencia, la necesidad de mano de obra no especializada que ha atraído a gran número de inmigrantes. Conviene, por último, tratar una serie de cuestiones que no

(10) Obsérvese que si nos ceñimos a los inmigrantes magrebíes y comparamos sus particularidades –origen, sexo y edad, asentamiento, trabajo– con otros lugares de España donde también se reagrupan, se apreciará que presentan rasgos muy similares con los que acabo de exponer. De manera que esta circunstancia ofrece la posibilidad de tratar el fenómeno magrebí –marroquí principalmente– como algo, si no homogéneo, sí con bastantes rasgos comunes, cuestión muy a tener en cuenta. Por ejemplo, según B. López, en un estudio hecho en la Comunidad de Madrid, destaca que el 83% de los encuestados vinieron directamente a España; que el 85% proceden del mundo urbano; su juventud, el 43% tienen menos de 25 años y la gran mayoría son varones y solteros (López 1993; Pumares 1993). Para comprobar el parecido con otras zonas, como el Maresme catalán, el levante valenciano, la parte de la Vega Baja del Segura o el País Vasco, consúltense, respectivamente, A. Ramírez (1993), P. Moreno (1993), M. Jabardo y M.ª J. Valera (1993).

El conjunto de inmigrantes regularizados instalados en Andalucía presentan los siguientes rasgos: el 72% son varones y 77% son jóvenes, en edad de trabajar (entre 16 y 35 años), en actividades agrícolas (23%), servicio doméstico (18%), venta ambulante (16%), sector servicios (13%), la construcción (2,4%) y otras ocupaciones de difícil control; el 28% son mujeres; están solteros el 62% y casados el 34%; divorciados, viudos o separados el 4% (aunque las separadas son el 22%); no tienen estudios el 16,7% y el 82,9% vivían en ciudades antes de partir (Martínez *et al.* 1996; Izquierdo 1995: 90-108).

siempre son abordadas en su conjunto en los estudios económicos sobre inmigrantes. Trataré la problemática desde una triple óptica, que nos ayude a responder a las siguientes cuestiones, comprendiendo todo el proceso económico migratorio:

Primera, ¿el fenómeno migratorio responde a decisiones estrictamente personales o detrás de cada partida hay –consciente o inconscientemente– un proyecto más amplio, relacionado con un cálculo de probabilidades y de riesgo-beneficios de toda la familia o grupo doméstico de origen?

Segunda, ¿obtiene el inmigrante de Almería –empleado en los invernaderos– las ganancias suficientes para que su rendimiento neto cumpla la hipótesis de los beneficios a largo plazo, seguramente esperados antes de su partida?

Tercera, ¿se está asociando a inversiones productivas en origen el dinero enviado por estos inmigrantes? O lo que es igual: ¿las remesas de los inmigrantes están siendo impulsoras del desarrollo económico de sus comunidades?

Como se observa, esta tríada de interrogantes comprenden todo el proceso económico migratorio: las decisiones sobre la salida, la situación sociolaboral del emigrante en destino y su relación con el lugar de procedencia. Interpretar el proyecto migratorio «como un todo» sólo es posible en un universo reducido de inmigrantes, en su concentración en origen y destino (apesar de la diversidad de países representados en la zona, se está produciendo una «reagrupación vecinal en destino») y en una uniformidad económica en todos ellos. Estos factores son factibles de control en las comarcas de agricultura intensiva almerienses; por ello este estudio se presenta con una vocación globalista (11).

Por último, y a modo de conclusión, responderé a una cuestión de calado teórico: ¿les ha merecido la pena correr el riesgo de abandonar sus países?

(11) No se pierda de vista que con la masificación del proceso, la emigración se hace menos selectiva, tanto geográfica como social y económicamente, lo cual no significa que pierda por completo su especificidad, pero la heterogeneidad sí que dificulta cualquier categorización. Además, advierto la gran diferencia que existe entre los inmigrantes del Magreb y del Africa negra, tanto económica como socialmente; por ello las respuestas las presento separadas.

Como ya adelanté, los aspectos teóricos del presente artículo tienen una base empírica extraída de 200 entrevistas realizadas a inmigrantes residentes en la provincia de Almería, principalmente en las zonas de Levante (Campo de Níjar), la capital y el Poniente (Campo de Dalías).

Emigración como proyecto familiar

Planteamos como primer tema el siguiente: ¿el fenómeno migratorio responde a decisiones estrictamente personales o detrás de cada partida hay –consciente o inconscientemente– un proyecto más amplio, relacionado con un cálculo de probabilidades y de riesgo-beneficios de toda la familia –o grupo doméstico– de origen? Este asunto es cuestionable sobre todo para los inmigrantes solteros –por otra parte, más del 70%–, pues parece más evidente que en el caso de los cabeza de familia la decisión o sea compartida con la esposa o asumida ante las circunstancias económicas de su grupo doméstico, del que es responsable para la garantía de su supervivencia y reproducción. Puede ser una opción reflexionada únicamente por el individuo, pero afecta directamente a su familia y a sus responsabilidades maritales, aún conviviendo en una familia extensa.

La pregunta era: «en tu salida, ¿fue una decisión personal o influyó tu familia?» Atendiendo a las respuestas que los inmigrantes han aportado (cuadro 1), el 70,5% aseguran que la decisión de salir de su país fue estrictamente suya –aunque en muchos casos influenciado por un familiar, amigo o vecino que ya estaba fuera (12)–, incluso, en algu-

CUADRO 1
El proyecto migratorio

	Decisión personal	Decisión familiar	Decisión compartida
Magrebíes	99 (76,1%)	12 (9,2%)	19 (14,6%)
Centroafricanos	42 (60%)	11 (15,7%)	17 (24,2%)
TOTAL	70,5%	11,5%	18%

Fuente: Encuesta a 200 inmigrantes. Elaboración propia.

(12) Es lo que denomino *el juego del espejo en origen*, sobre el que volveré. Además, téngase presente que el 57% de los inmigrantes que viven en Andalucía tienen algún familiar en España (el 25,7% tres o más), especialmente hermanos. Y el 76% cuenta con otros emigrantes entre sus familiares, de los que el 59% ya habían viajado antes que ellos (Martínez *et al.* 1996).

nos casos, aseguran que fueron fuertemente reprendidos por su padre y/o madre; de ellos, el 20% salieron del país sin avisarlos siquiera; el 88% de los solteros dice tener un proyecto migratorio individual.

La preocupación por los comportamientos de los inmigrantes en destino y sus condiciones sociolaborales (López 1993) han llevado a los científicos sociales a descuidar el aspecto de la asociación microeconómica de la toma de decisiones en el seno del grupo doméstico; y es un aspecto que considero de vital importancia, ya que, en definitiva, es decisivo para entender el resto de comportamientos, tales como el «capital de inversión», el riesgo, el monte de beneficios y la posibilidad del retorno. A continuación trataré de demostrar la hipótesis que mantengo: a pesar de sus respuestas, creo que es la familia, más que el individuo –a veces de manera soterrada– la entidad que toma las decisiones migratorias, incluso en el caso de los solteros.

Parece un hecho evidente que cuando una familia no tiene suficientemente asegurada su fuente de ingresos a través de sus actividades económicas habituales –agricultura, ganadería o con el puesto de trabajo del cabeza y/o algunos miembros más–; o cuando el grupo doméstico no puede garantizar el futuro de los más jóvenes, normalmente tiende a diversificar las fuentes de ingresos, controlando o atenuando sus niveles de riesgo, obstáculos para conseguir el capital necesario, a fin de realizar una inversión que asegure su aumento de ingresos (13).

Si el grupo doméstico carece de fondos monetarios ahorrados y no puede acceder a un préstamo bancario –por falta de solvencia y los tipos de interés, que agravan cualquier capital inicial–, no le cabe otra opción que reorganizar la utilización de sus recursos *propios*. Y una manera rápida de encontrar flujos de remesas hacia el hogar es enviando a trabajar fuera a uno o más miembros, los más capacitados de la familia: varón, joven, con estudios: bien a la ciudad –si es en el mundo rural–, bien fuera del país. Así se explica que algunos individuos estén más prestos a emigrar que otros. Es decir, en una familia de mayor carencia relativa

(13) No se pierda de referencia que el 57,5% de los inmigrantes que hay en Andalucía han venido motivados por asuntos económicos; esto es, para mejorar su situación en origen o establecerse profesionalmente. A este tipo de inmigrantes, para diferenciarlos de los exiliados, estudiantes, aventureros, etc., se los conoce como *inmigrantes económicos* (Martínez *et al.* 1996).

existe un incentivo más fuerte –o una mayor propensión– para enviar a la emigración a algún miembro de ella, más que en los grupos domésticos de carencia relativa menor. Si esto es así, el emigrante está en la obligación de acumular en destino un capital que enviará como activos financieros.

En consecuencia, de entrada, la migración facilita la transformación de la producción de la unidad familiar. Ya que la salida de un individuo no significa que el núcleo familiar se rompa y divida, desvinculando a sus miembros; todo lo contrario: su flexibilidad y movilidad son ventajosas para la dinámica familiar y para que sus miembros continúen interconectados. Como dice O. Stark: «en una economía en la que no puede realizarse directamente la transformación de los modos de producción, los hijos que han crecido como migrantes asumen así la función especial de intermediarios financieros» (Stark 1993: 24).

Un emigrante, por tanto, no es necesariamente la entidad fundamental única que adopta las decisiones sobre su salida del país; son determinaciones que con mucha frecuencia se toman conjuntamente entre el emigrante y un grupo de no emigrantes, su familia (aunque en el caso de nuestra encuesta representa sólo el 18%). Si esto es así, el proyecto migratorio no es tanto una decisión personal e individual del emigrante, cuanto la reorganización de la utilización de los recursos propios de cada familia: salida al extranjero del miembro –o miembros– más capacitados. De esta manera se explica que la familia en origen y el emigrante en destino conserven una estrecha vinculación entre sí durante un tiempo más o menos prolongado, manteniéndose en constante cooperación. Y ésta es, en principio, una relación ventajosa y útil para ambos: la familia facilita al inmigrante los gastos iniciales para la partida –consigue del visado, billete de avión o barco, el pago de la patera (14)– y éste incrementa directamente el bienestar en origen –más dinero para alimentación, ropa, electrodomésticos, mejora de la vivienda o hacienda–. Parece, pues, que en realidad el envío de remesas financieras funciona

(14) A pesar de que los mismos sujetos aseguran que su proyecto fue totalmente personal, cuando narran la manera como reunieron el dinero, refieren las experiencias en las que su familia tuvo que vender parte de la tierra, empeñar muebles y joyas y/o recurrir al préstamo de familiares y amigos para acopiar el monte suficiente de su salida al extranjero.

más como una especie de convenio contractual intertemporal entre el emigrante y su familia, que como el resultado de unas consideraciones puramente altruistas. Se entiende porqué el padre controla el nivel de ingresos del hijo –o al menos lo intenta– (15).

Si mi hipótesis es que las decisiones de la emigración responden más una estrategia calculada de la familia que a posturas individuales, ¿qué razones apuntan a ello? Sin ánimo de agotar el tema, reseño brevemente éstas:

Emigra el mejor dotado. Así se explica que el 96,1% de los inmigrantes africanos en Almería sean varones; jóvenes –el 75% tiene entre 18 y 30 años– y estén solteros –más del 73%–. Son los mejor capacitados para el trabajo –en especial para los que en destino se les ofrecen: agricultura, construcción, economía sumergida–. De esta forma, la migración africana se está convirtiendo –en comunidades e incluso regiones enteras– en un estilo de vida, en una forma de obtener las ganancias suficientes que garanticen la producción y reproducción de las unidades domésticas (16). Parece evidente que este tipo de proyectos migratorios responde más bien a una estrategia calculada de la familia que a posturas puramente individualistas.

El dinero ahorrado se envía directamente al cabeza de familia. En el caso de los solteros, en lugar de ahorrarlo todo en una cartilla propia (17), cuando disponen de cierta cantidad –entorno a 30,000 ptas. (18)– la hacen llegar a su familia, aunque tienen en cuenta la necesidad de ahorro para hacer frente a los gastos diarios durante los meses de desempleo. Por lo demás, el inmigrante sabe que con cierta periodicidad tiene la obligación

(15) No se entienda, sin embargo, que en las intenciones últimas de la familia está tanto que el hijo emigrante genere una corriente de ingresos *per se* –lo que supondría mantenerse en un estado total y permanente de dependencia de sus remesas financieras y «condenarle», si es soltero, a una imposible independencia personal–, cuanto en considerarlo como el catalizador para que genere dicha corriente, provocando en la explotación familiar un cambio tecnológico –o la creación de una nueva vía– que incremente por sí mismo los ingresos familiares.

(16) Mohamed Inaoui (1994:82) asegura que en el Rif, «en los años 1984-85, en los que la campaña agrícola fue tan deficitaria, la población permaneció en la zona gracias a la feliz llegada de los ingresos migratorios».

(17) A fin de construir la casa que necesitan para casarse, como la gran mayoría –v. gr., de los marroquíes– aseguran que fue la intención última para salir de su país.

(18) El 37,4% de los inmigrantes africanos en Andalucía envían dinero de manera regular, en una media mensual de 18,850 ptas. (Martínez *et al.* 1996).

de remitir remesas financieras a su unidad doméstica. «Si no mandas, en poco tiempo tu familia te pide para algo: el colegio de los hermanos, el tiempo de bodas o una fiesta, para la comida del período de lluvias, el Ramadán y más cosas», dice Mamadu, un senegalés. «Tu padre piensa que te has olvidado de ellos; o que el trabajo te va muy mal y por eso no tienes dinero para mandar. Tienes que enviar algo para que la madre no sufra, para que sabe que tú estás bien», afirma Musthafa, argelino.

El padre –o un hermano mayor, en su defecto– de alguna manera controla el nivel de ingresos de su hijo. Consecuentemente, la salida de un individuo no significa la ruptura del núcleo familiar, desvinculando a sus miembros, sino que éstos continúan conectados. Por ello, como comprobaremos más abajo, quien trabaja todo el año prácticamente envía dinero cada mes.

La existencia de redes migratorias consolidadas fomentan y cooperan con los futuros migrantes. Para encontrar una primera vivienda y trabajo, para solucionar los problemas del idioma y adaptación, etc., es muy útil la ayuda que prestan al nuevo emigrante los contactos familiares –de amigos y conocidos– ya establecidos en el exterior. En los pueblos de mayor tradición migratoria existen redes de migración perfectamente organizadas; así se explica, v. gr., que los inmigrantes procedentes de Canchungo (Guinea-Bissau) se instalen en Roquetas de Mar; los marroquíes de Tánger en El Ejido, los de Nador en Roquetas y los de Beni-Mellal en Campohermoso; los de Casablanca en la Urbanización de Roquetas; los argelinos en La Mojonera, Campohermoso y San Agustín; los mauritanos en varios cortijos de Cortijos de Marín; los senegaleses de Dakar en Almería y los de zonas rurales en Roquetas y alrededores; los gambianos en cortijos situados entre Roquetas y San Agustín, etc. Esto es, el inmigrante sabe cuál es su primer punto de destino. Por ello, los *espaldas mojadas*, cuando atisban a la guardia civil en la costa o sospechan algún peligro, se desprenden de todos sus documentos (para «ignorar» su procedencia y así dificultar su repatriación), excepto del papel donde tienen apuntada la dirección del enlace (19).

(19) Así se explica el siguiente hecho, producido en Cádiz: el colectivo más importante es el marroquí (91%); de éstos, el 52% proceden de la zona sur, del Atlas, una de las zonas rurales más tradicionales de Marruecos. La consolidación de redes migratorias ha posibilitado que el

Vivir cerca de algún familiar o conocido aporta seguridad personal y además facilita la satisfacción de necesidades, ya que aumentan los recursos y la red de apoyo social propia.

La presión familiar y del entorno. Sin embargo, no conviene olvidar que la «imposición» de emigrar no se genera sólo por mecanismos económicos, sino que también influyen móviles sociales y culturales; ya se sabe que este fenómeno es excesivamente complejo como para pretender reducir su estudio solo a la variable económica: la migración es algo más que una estrategia de supervivencia propia. Es lo que denomino *el «juego del espejo» en origen*. En el mundo africano, Marruecos especialmente, se está produciendo a pasos agigantados una valorización negativa de los elementos culturales propios o tradicionales, intentando aproximarse simbólicamente a los modelos culturales y de consumo llegados desde el exterior –Europa– y considerados como los «modelos ideales» a imitar (20). Son modelos importados a la comunidad por emigrantes anteriores: el coche, los electrodomésticos, la casa nueva, las vacaciones, los utensilios del hogar, el «vestido occidental», el consumo en comida y bares, etc. Con otros términos, la construcción simultánea del binomio *nosotros* (no emigrados)/*ellos* (emigrados), incide en la percepción de quienes aún no han salido de la comunidad, frente a quienes regresan en vacaciones con coches lujosos, buenas ropas o envían abundantes remesas, estimulando, positivamente, la probabilidad de éxito en los potenciales emigrantes. Este sistema de oposición, e inevitables comparaciones, generan costes o beneficios psicológicos, sentimientos de carencia e insatisfacciones, que incentivan al «nosotros» a emprender la aventura, a minimizar los posibles riesgos de la salida y a organizar una segunda emigración. «La experiencia de emigrantes reales proporciona una información valiosa que reduce presumiblemente la incertidumbre futura de la reserva restante de migraciones potenciales» (Stark 1993: 43).

«¿Es que tú no vas a tener cojones, como ése, de salir fuera y ganar dinero?», asegura Ahmed –marroquí de 23 años– que le incre-

39% de ellos procedan de un mismo pueblo sureño y se hayan asentado en Jérez y La Línea (Martínez et al. 1996).

(20) Convertidos en «símbolos desidentificadores», según el sentido que E. Goffman da al concepto.

pó su padre. También rondan en las cabezas del «nosotros» no emigrado, expresiones como «aquí no tengo futuro, si me fuera a Europa, como mi primo, o mi hermano, podría ahorrar para comprarme una casa y un coche» (Abdul, marroquí, 26 años). «En África nadie quiere quedarse allí; no se acostumbran a vivir de la tierra como sus antepasados; los jóvenes ahora necesitan más, han visto la “tele”, la vida de los occidentales y se comparan con los paisanos que viven en el extranjero. Todos queremos más y para eso hay que salir de allí». Estas afirmaciones de Mama, guineano, antiguo estudiante de económicas en Moscú (28 años), reflejan perfectamente ese binomio *nosotros* (no emigrantes)/*ellos* (emigrantes), que he llamado el «juego de espejos» en origen, y que ejerce un poderoso efecto positivo sobre las probabilidades de emigrar en quienes aún no lo han hecho (Provansal 1993:59). «¿Tú sabes cómo le dicen a los inmigrantes que se vuelven a Marruecos muy pronto, con las manos vacías, porque no han aguantado tiempo aquí?: *shemata*: cobarde» (Mohamed, marroquí, 30 años).

En conclusión: el estudio del fenómeno migratorio africano en la provincia de Almería pone de relieve que la teoría que sitúa a la emigración como la independencia individual (Todaro 1969), creo que no es acertada; pienso que es más oportuno hablar de interdependencia mutua, donde el emigrante y su familia –grupo no emigrante– buscan un nivel positivo de optimización recíproca. Por ello considero a la emigración, en términos de O. Stark (1993:40), «como una *estrategia calculada* y no como un acto de desesperación o de optimismo sin límites». No en vano, el 70,5% de los inmigrantes residentes en Andalucía vivían con sus padres antes de la partida.

Sin embargo, tal vez quede en el aire comprender por qué los inmigrantes contestan mayoritariamente que es una «decisión personal», cuando parece que en realidad no es así. Los antropólogos han comprendido bien la diferencia entre las explicaciones *emic* y *etic*. Mantener que, desde el punto de vista *emic*, la decisión es personal y, desde la perspectiva *etic*, es un proyecto familiar, en el fondo, no son en modo alguno incompatibles. Primero, porque en ningún caso tenemos que pensar que están anuladas completamente las decisiones personales y la fuerza psicológica del último momento para decir «me

voy» (21), como para, tras un corto tiempo de inadaptación, decidir «me vuelvo». Pero parece que en la familia de Abdel era más una necesidad económica familiar que una decisión estrictamente personal, al menos eso se desprende de las palabras que le dijo su madre al verlo de regreso, un mes después de su partida, según nos comentó –en perfecto castellano– Mohamed, vecino y amigo suyo, en cuya casa había residido durante este tiempo: «–¿Dónde vas? –Es muy difícil trabajar y vivir allí, madre. –¿Qué pocos cojones tienes! ¡Qué desgracia: tengo un hijo que es un *shemata*». Abdel –quien después me ha confirmado la certeza de su periplo migratorio– volvió a Roquetas a los pocos meses.

Segundo, los jóvenes africanos también sienten la responsabilidad propia de contribuir con su esfuerzo a mejorar la situación de su familia (22) o grupo doméstico. Y ante una situación de pobreza (23) no necesitan que nadie les inste a tomar esta decisión; máxime cuando, probablemente, ya ha sido tomada anteriormente por algún otro familiar o vecino. Desde este punto de vista no es extraño que el individuo sienta su marcha como algo personal y propio.

Tercero, teniendo en cuenta la situación de los países de procedencia, es normal que los jóvenes no vean un futuro estable y claro para sí, y esta percepción la reconduzcan y traten de solucionarlos saliendo fuera del país. Es lógico que cualquier persona aspire a mejorar su propia vida. Por eso entiende su proyecto migratorio como propio.

Por último, consecuencia de lo anterior, muchos jóvenes salen con la intención individual de ahorrar dinero para conseguir la compra o construcción de una casa, comprar o mejorar la hacienda, etc., que les permita independizarse de su grupo doméstico. Pero también saben que esta independencia, si pretenden conseguirla en su propio país, pasa por guardar un turno preestablecido; esto es, se casará cuando le corresponda, después de sus hermanos mayores, si los tiene. Mientras tanto, el dinero enviado es para las necesidades del grupo, no estrictamente para él.

(21) Sobre todo a la hora de embarcar en una patera, conociendo el riesgo y la suerte que ya han corrido otros. En otro lugar (Checa 1995) he explicado todo este proceso, interpretado el viaje como un «rito iniciático».

(22) En un gran porcentaje de casos referido a una «familia extensa», o *morança*, como la denominan los guineanos.

(23) Si tenemos en cuenta la situación familiar en el país de origen, el 70,4% de los inmigrantes que residen en Andalucía, declaran pertenecer a la clase baja o media baja.

Los ingresos de los inmigrantes

Los flujos migratorios de la costa mediterránea almeriense respondieron en los años 1987-1992 a una demanda de trabajo en el sector agrícola; en la actualidad este mercado de trabajo está totalmente saturado (y hasta ahora es prácticamente el único, a pesar de ser una zona turística); de forma que el empleo de trabajadores extranjeros no mejora desde primeros de los años 90, incluso va empeorando al paso del tiempo.

Sin embargo, esto no significa que los flujos se hayan remitido; continúan arribando africanos al Campo de Dalías; son estos últimos quienes se ven en la necesidad de realizar el *ciclo agrícola nacional de inmigrantes*, al que ya me he referido, siguiendo las temporadas y cosechas de las diferentes comarcas y regiones españolas. Por su parte, los inmigrantes que llegaron antes de 1992 están consolidando una sedenterización (trabajan de 6 a 9 meses fijos, y días sueltos el resto; incluso los regularizados cobran el subsidio de desempleo y otros ya se han colocado en otros sectores económicos, varios por cuenta propia); así que, en líneas globales, se está frenando la movilidad interna inmigrante: de los inmigrantes llegados antes de 1992, en estos tres últimos años, el 65% de los encuestados no se ha movido de la provincia; el 48% del municipio primario (24). Por estas, y otras razones, entre los inmigrantes pueden observarse dos grupos (25): uno, *no cualificado* y otro *cualificado* (26).

(24) Aún así, estos inmigrantes conforman un grupo bastante móvil. Si bien el 57,5% de los inmigrantes afincados en Andalucía no se ha movido del lugar donde llegó (obsérvese la importancia de las redes), el 30% vivió antes en otras provincias españolas, el 7% realiza salidas a trabajos temporales y el 4% vive continuamente desplazándose. El 20% de quienes buscan empleo en diferentes lugares, han vivido en tres o más provincias (Martínez et al. 1996).

(25) Esta división no se da únicamente en el colectivo «almeriense», sino en todos. Para el conjunto de Andalucía, los datos son los siguientes: casi el 17% no tienen estudios y casi el 31% sólo estudios primarios; únicamente el 24,3% declaran tener estudios universitarios, que no necesariamente han de estar finalizados. S. Feld y A. Maño (1993) han estudiado en Bélgica la relación existente entre la formación escolar de los jóvenes de origen extranjero y su relación con el mercado laboral. Llegan a la misma conclusión, a pesar de que allí la inmigración lleva mucho más tiempo: hay dos grupos de trabajadores, cualificados y no cualificados; un determinado número de variables son comunes a ambos, pero hay diferencias en las perspectivas de evolución socioeconómica a medio y largo plazo y los grupos no han desarrollado los mismos sentimientos de seguridad general. Aunque, en épocas de paro, éste afecta a los dos casi por igual.

(26) El primero, el más numeroso, responde a los estudiantes de grado primario o secundario sin finalizar, y en edades comprendidas entre los 16-24 años –abandonaron la escuela o institutos– y quienes superan los 40 –mayormente analfabetos prácticos–. Al segundo pertenecen aquellos que tienen estudios profesionales en origen, incluso con esas profesiones, carreras sin finalizar y titulados medios y universitarios.

Aun sin perder de vista las circunstancias señaladas, surgen una serie de cuestiones, que refieren al segundo aspecto de la problemática que anuncié al principio: ¿están obteniendo los inmigrantes africanos en Almería las ganancias suficientes para asegurarse un futuro? ¿Se ha cumplido la hipótesis de los ingresos esperados, antes de su artida? ¿Cuál es su horizonte económico y su proyecto migratorio a largo plazo? Para contestarlas es necesario conocer el comportamiento económico de los inmigrantes; esto es, observar los rasgos especiales que caracterizan la interacción entre los inmigrantes y el mercado en el que entran (la agricultura); determinar las características de este mercado de trabajo, que en gran medida explican sus comportamientos individuales y sus situaciones de empleo. Vamos, pues, a prestar atención a los rendimientos económicos derivados de la inmigración: a los resultados obtenidos por los inmigrantes en la economía y sociedad receptoras. Por ello, las estrategias de acceso al mercado las analizo en conjunto y a partir de los datos de la situación individual (nacionalidad, sexo, edad, estructura familiar, historia migratoria de su grupo doméstico, etc.).

Para conocer los ingresos netos de los inmigrantes es preciso tener presente algunas de las características del mercado laboral agrícola almeriense.

El ciclo agrícola de esta horticultura mediterránea se extiende en producción plena de octubre a mayo: entre siete y ocho meses. De junio a septiembre tiene lugar la producción de melones y sandías y algunos agricultores que adelantan sus cosechas, con una siembra en julio y agosto. En agosto y septiembre las alhondigas permanecen cerradas. Es necesario, en multitud de haciendas, mejorar el invernadero, renovando

En principio, y de manera personal, ciertamente ambos grupos no tienen las mismas perspectivas de evolución socioeconómica a medio y largo plazo. Esto es, los grupos no desarrollan los mismos sentimientos de seguridad general. Aunque, sin embargo, las dificultades para convalidar sus titulaciones y, sobre todo, debido a que la oferta del mercado de trabajo de la provincia de Almería se reduce a la agricultura intensiva y venta ambulante, un determinado número de variables son comunes a trabajadores cualificados y no cualificados (como son el tiempo de duración de los contratos —o ausencia de éstos—, el paro, problemas de vivienda, etc.); por ello, en el colectivo influye más, de momento, el que tengan regularizada su residencia que la cualificación profesional de cada individuo; para los patrones almerienses todos son iguales: extranjeros; si acaso la diferencia perceptible y utilizada es entre «moros» (*protestones y rebeldes*) y «negros» (*más obedientes y sumisos*).

la arena o el estercolado y cambiando los plásticos. A estas faenas se dedica, bien el dueño y su familia —«o te apañas con un extranjero», muchas veces utilizado como una especie de «tornapeón entre empresarios»—, bien se contrata a pequeños empresarios especializados en dichas labores; por tanto, durante el verano la oferta de trabajo para inmigrantes es bastante reducida (ver cuadro 2).

La solución más inmediata pasa por trasladarse a zonas agrícolas donde haya trabajo; dedicarse a la venta de refrescos en la playa —muy perseguido últimamente por la policía local—; algún trabajo en la hostelería o volver unos meses de vacaciones al país de origen, sobre todo los marroquíes regularizados, pues el costo del viaje es asequible. Tampoco faltan los que prefieren esperar a que pase el verano, gastando de lo ahorrado, aunque quienes tienen el premissa de residencia y han trabajado con contrato, disfrutan de los meses correspondientes de subsidio de desempleo.

De manera que, sin tener en cuenta la existencia de un contrato laboral, ni la situación legal de los inmigrantes, los meses de trabajo que éstos se ocupan en la agricultura almeriense son: el 7% de los encuestados trabajan prácticamente todo el año, 10 o más meses; tienen una actividad laboral garantizada: de ellos, el 95% están contratados con el mismo «jefe» o patrón; son unos «privilegiados», como ellos reconocen para sí mismos. El 37% están empleados entre 6 y 9 meses; tienen aseguradas las jornadas de siembra, cultivo y cosecha. El 50% no llega a los 6 meses de trabajo. De éstos, el 20% supera los 4 meses, el 20% ronda los 2-4 meses y el 10% asegura que difícilmente llega a los 2 meses de trabajo al año (27). En cualquier caso desprecia los días suel-

CUADRO 2

Trabajo inmigrante anual en Almería (en meses)

	De 12-10	Entre 9-6	Entre 6-4	Entre 4-2	Menos de 2	Ns/Nc
Magrebíes	11 (8,4%)	49 (37,6%)	31 (23,8%)	24 (18,4%)	7 (5,3%)	8 (6,1%)
Centroafricanos	3 (4,2%)	25 (35,7%)	10 (14,2%)	16 (22,8%)	13 (18,5%)	3 (4,2%)
TOTAL	7%	37%	20,5%	20%	10%	5,5%

Fuente: Encuesta a 200 inmigrantes. Elaboración propia.

(27) Si tomamos los datos referentes al conjunto de los inmigrantes asentados en Andalucía obtendremos: el 29,3% están en situación de paro; el 18,2% se ocupan en la venta ambulante y

tos que suelen trabajar (4 ó 6 al mes), en función de las necesidades del patrón, la cosecha, arreglo del invernadero y la movilidad y grupos de contacto del propio inmigrante, etc.

Sabiendo que el precio de los jornales oscila entre 3.500 y 3.800 ptas., deducimos que el cómputo total de ganancias anuales oscila entre 1.150.000 ptas. de quienes están empleados la mayor parte del año y las 300.000 ptas. de los inmigrantes que no superan los 3 meses; contando con un sueldo de 3.500 ptas. diarias. De este dinero es necesario deducir todos los gastos de comida y ropa, vivienda, diversión (tabaco, bares y discotecas), teléfono, juegos de azar (loto, cupón de ciegos, quinielas, lotería nacional), el seguro («los sellos», en los regularizados), envíos a la familia y ahorro (cuadro 3).

¿Cuál es, entonces, el nivel de ahorro y de envíos a la familia? Los gastos medios cuantificados propios de un inmigrante rondan las 40.000-50.000 ptas., en un mes normal de trabajo, pues cuando no obtienen ingresos en un período prolongado, cambian su residencia a un cortijo y suprimen muchos gastos «superfluos»; quienes consiguen muy pocos meses de trabajo al año viven de los amigos, de un sitio para otro.

Los gastos quedan divididos, *grosso modo*, de la siguiente manera:

- Alquiler de la vivienda: 5-11.000 ptas., incluida la luz (dependiendo de si es casa o cortijo).

CUADRO 3

Gastos medios de los inmigrantes, en mes trabajado (miles ptas.)

	Vivienda	Comida	S. Social	Varios	Juego	Diversión	Ahorro/Envíos
Magrebíes	8	16	8,4	8	4	8	20 15
Centroafricanos ..	5	10	8,4	10	6	5	25 20

Fuente: Encuesta a 200 inmigrantes. Elaboración propia.

el 18% en la agricultura; el servicio doméstico da cabida al 10,3%; la hostelería el 7% y los comercios o bazares, el 4,3%. En otras ocupaciones laborales, como la construcción, la prostitución y varios, trabajan el 11%. Respecto al régimen laboral, por cuenta propia lo hacen el 37% y por cuenta ajena, el 62,1%. Tienen un contrato eventual completo el 41,6% y sin contrato están trabajando el 42,7%. De entre todos destaca el 14,3% de los inmigrantes que aún no han encontrado trabajo desde que están en Andalucía; por su parte, el 37,4% se han empleado en dos o más trabajos (Martínez *et al.* 1996).

- Comida unas 10-18.000 ptas. Pan (4.500 ptas.), arroz (2.400 ptas.), azúcar (600 ptas.), aceite (600 ptas.), carne de cordero –adquirido entre varios directamente a los pastores del lugar–, de pollo o cerdo (6.000 ptas.), leche (1.200 ptas.), otros (queso, bollería, fruta) (4.000 ptas.). Las verduras (tomates, pimientos, berenjenas, calabacines, habichuelas) y alguna fruta (melón y sandía) las cogen libremente del invernadero; también se las intercambian entre ellos –es un *trueque* consciente, aunque nunca aparece de esta forma, sino como *presentes* en sus visitas–. También reciben paquetes desde Marruecos con comida, a través de familiares o encargos a amigos cuando vuelven.
- Seguridad social, *los sellos*: 8.400 ptas. (los regularizados).
- Varios (tabaco, vestido, teléfono, cartas, autobús): 5-10.000 ptas.
- Juegos de azar (loto, quinielas, etc.), 4-8.000 ptas.
- Gastos en diversión, los fines de semana: 4-8.000 ptas. (28).

Por ende, en función de estos gastos y días trabajados está el nivel de ahorro de cada inmigrante. Jalil aseguraba que «con un trabajo de 28 días/mes, a 3.500 ptas., puedo ahorrar sin sacrificio 45 ó 50.000 ptas.». Aymn confesó haber ahorrado en el diciembre pasado 40.000 ptas. Pero al año es difícil acumular más de 300 ó 400.000 ptas., ya que los ahorros no son exclusivamente para enviarlos a los familiares, sino también, como digo, para cuando quedan en paro o tienen que viajar a otra parte a buscarlo. Téngase en cuenta que muchos inmigrantes corrieron el riesgo de cruzar la «frontera húmeda» en una patera (alrededor de unas 80-100.000 ptas.) o tuvieron que pagar 180.000 ptas. por la «compra» de un visado o el billete de avión, etc. Estos gastos tienen que devolverlos con

(28) Los gastos medios de los inmigrantes que viven en Andalucía supera a quienes viven en Almería: en vivienda gastan al mes 21,720 ptas (en una oscilación de 2000 a 72,000 ptas: quienes viven en un cortijo y aquellos que pagan una letra de su piso); en comida, 30,920; envían a su familia 18,850 y logran ahorrar 23,590. Pero téngase en cuenta que el 20,7% declara no percibir ningún ingreso (aunque entre ellos están los estudiantes); el 3,3% no superan las 30,000 ptas al mes y el 20,2% no sobrepasa las 60,000 ptas. En esta banda de 60-90,000 se mueve el 36,2% de los inmigrantes y es superada únicamente por el 14,7% (representados por los dueños de bazares y algunos que se dedican a la venta ambulante). Declaran ganar más de 120,000 ptas el 5,5% (Martínez *et al.* 1996).

prontitud, en especial los que no pudo conseguir su familia más allegada; después es cuando realmente empieza la tarea de ahorro y acumulación de capital, como envío de efectivos monetarios a origen.

De los 200 encuestados, solo el 7% envía activos financieros cada mes; cifra que coincide con los inmigrantes que tienen trabajo todo el año. El 45% giran dinero cada 2 ó 3 meses, unas 4-5 veces al año. El 30% aseguran que no pueden mandar más de 3 veces al año; el 15% recuerdan haber enviado una o dos veces, matizando: «cuando puedo», «cuando me lo piden». Incluso el 3% mantuvo haber mandado una o ninguna vez desde que salió de su casa (compárense estos datos con los que se aportan en el cuadro 2).

La cantidad girada, salvo excepciones –como necesidades urgentes en origen– no sobrepasa las 40.000 ptas. La media por envío es de 25.000 ptas.; siempre el equivalente a francos (unos 1.500), dólares (unos 200) o pesos (30.000), monedas más usuales para ellos.

Si sumamos las veces que remiten dinero y tomamos de referencia la cantidad media, de las remesas destacan las 300.000 ptas./año de quienes envían dinero todos los meses; no obstante, la cifra más común oscila entre las 120.000 y las 150.000 ptas./año. El 30% de los inmigrantes no alcanza el envío de 100.000 ptas. al año (29). Un balance bastante desolador, si se tienen en cuenta las hipótesis originarias de los rendimientos y beneficios netos a largo plazo, motor del proyecto migratorio. ¿Qué se puede hacer en origen con 150.000 ptas. al año? Estos resultados nos abren la puerta al tema siguiente.

Las repercusiones de la emigración en origen

Conviene, pues, abordar la última cuestión que planteamos al principio: ¿el destino del dinero de los inmigrantes se está asociando a inver-

(29) Del conjunto de inmigrantes africanos que viven en Andalucía, más de la mitad (57,2%) no envía dinero a su familia y el únicamente el 5,4% ha enviado ocasionalmente para una fiesta o en demanda de sus propios familiares. Por su parte, el 37,4% envía remesas a origen de manera regular, pero en muy pocos casos concretos superan las 200.000 ptas. anuales (Martínez *et al.* 1996).

siones productivas en origen? O lo que es igual, ¿las remesas de los inmigrantes están siendo impulsoras del desarrollo económico de sus comunidades; o, en cambio, se destina a los gastos corrientes de la familia? Con otros términos: ¿la emigración se ha convertido en una estrategia de desarrollo o de supervivencia?

Creo que la mejor manera de responder a este tema es realizando un estudio empírico en origen, antes, durante y después del período migratorio, verificando las fuentes de ingresos y los recursos del grupo doméstico y examinando las varianzas sufridas. Este trabajo de campo no ha sido posible realizarlo aún, máxime cuando se trata casi de la totalidad del continente africano. Sólo he podido constatar, *in situ*, varios ejemplos en algunas partes de Marruecos, en el período del «después». Advertiré, en tales circunstancias, que las aseveraciones que siguen, por tanto, están extraídas de las encuestas: de la opinión de los inmigrantes, sin una constatación empírica directa, por parte del investigador; si se prefiere, entiéndanse entonces como hipótesis. No obstante, las afirmaciones de los encuestados interpretan situaciones que, a mi juicio, no ha de diferir mucho de la realidad.

Sin él pretenderlo, un inmigrante me dio luz para investigar y reflexionar sobre esta cuestión. En una conversación me aseguró: «tú puedes conocer si en una casa marroquí hay algún inmigrante con solo entrar en ella». ¿En qué?, pregunté. «En los electrodomésticos, en el mueble del comedor y en la cocina». Esta importancia dada a los electrodomésticos: cassette, televisión y/o vídeo (casi siempre nombrados en primer lugar) (30), lavadora o frigorífico y «el mueble», ponen de relieve bastantes aspectos económicos y simbólicos, aún poco desvelados dentro del fenómeno migratorio; y que responden, pues, a la cuestión: ¿en qué se están empleando las remesas de dinero de los inmigrantes?

La encuesta que nosotros hemos llevado a cabo nos desemboca a conclusiones contrarias a las que otros autores mantienen (las remesas de los inmigrantes como impulsoras del desarrollo económico comunal

(30) «En muchas casas humildes de Marruecos, en el campo, tal vez no tienen un carro para la agricultura, pero sí puedes ver una antena parabólica en el tejado», dice Mustafha (marroquí de Casablanca, 34 años).

(Stark 1978; 1993:245-254)); creo que estoy en condiciones de asegurar que el dinero de los emigrantes, empleados en la agricultura almeriense, para nada está suponiendo en África un desarrollo de las infraestructuras productivas familiares, más bien es empleado sólo en la supervivencia de los grupos domésticos.

No cabe duda que ambos conceptos (*desarrollo* y *supervivencia*) no pueden ser tomados desde una perspectiva económica occidental, sino con un carácter relativo y dentro de la contextualización de los diferentes lugares de origen. Por tanto, respecto al primero, no se deduzcan grandes avances productivos, ni la introducción siquiera de técnicas revolucionarias o desconocidas en África. Cuando hablo del desarrollo de las infraestructuras productivas familiares me estoy refiriendo a la adquisición de algún elemento que permita mejorar la producción de la economía familiar propia. Por ejemplo, entre múltiples posibilidades: la construcción de un pozo o la compra de un motor para sacar agua, un carro, un pequeño tractor, una yunta de bueyes o una segadora; la construcción o mejora de una granja, establo, o la adquisición de ganado; acceder a un vehículo furgón, para la venta ambulante, o un arcón frigorífico para almacenar productos; conseguir un local para instalar una tienda, etc. Cualquiera de éstos mejoraría notablemente las bases productivas del grupo doméstico en cuestión; si se accediera a ellos gracias al dinero que llega desde la emigración, podríamos decir que éste está contribuyendo al desarrollo productivo e infraestructural africano.

Respecto a la supervivencia, es evidente que se refiere a la satisfacción diaria de las necesidades más perentorias de los seres humanos: alimento, ropa y hogar.

Para detectar estas cuestiones introduje en la encuesta una serie de preguntas relacionadas con el tema, como: ¿en qué se gasta tu familia el dinero que mandas: en la alimentación, o lo han invertido en mejorar vuestra hacienda, o la construcción de una casa? A continuación se pregunta, si lo saben, en qué suelen gastar sus compatriotas el dinero que reciben y si conoce a alguno que se haya gastado el dinero en mejoras infraestructurales. Estos datos últimos los excluyo del siguiente cuadro, porque pueden superponerse ciertos inmigrantes, referidos por varios, pero nos valen porque complementan y aclaran la situación real.

Teniendo en cuenta la distribución personal de los ingresos de estos inmigrantes africanos y los envíos de remesas financieras que pueden conseguir con ellos, una conclusión primaria que se desprende es: como ya presumíamos, con tan escaso dinero y, en la mayoría de los casos, el elevado número de bocas que tienen que alimentar en origen (una media de 6,1 miembros), poco más podrán hacer que cubrir las necesidades básicas de la familia (especialmente en centroáfrica). En algunas familias «mejor» situadas, caso de las marroquíes, el destino del dinero recibido puede llegar a la compra de electrodomésticos –por lo general recibidos directamente desde España–.

En principio, la utilización de los efectivos financieros en el país de origen pueden ser múltiples, pero destacamos los principales, en los que de alguna manera todos se engloban: la construcción de una casa (sea tanto con materiales duraderos, como de adobe y cañas); mejora de la hacienda o recursos económicos habituales (agricultura, ganadería, comercio); en la adquisición de electrodomésticos (frigoríficos, lavadoras o televisión, radio-cassettes, aunque éstos sean adquiridos aquí por el emigrante y enviados a su familia); o, por último, en la supervivencia del grupo doméstico. Los resultados los recoge el cuadro 4.

La construcción de una casa. De los 200 inmigrantes encuestados únicamente 11 –5,5%– han respondido que con el dinero de la emigración su familia ha edificado: 6 una «casa rural» –construcción de adobe, maderas y cañas– con un coste no superior a unas 300,000 ptas; dos de Guinea-Bissau, dos de Senegal y uno de Mali y Mauritania. De los cinco restantes, un marroquí ha construido en el hogar familiar «una habitación para mi madre»; otro se está construyendo «una planta, encima de mis padres, para cuando yo me case» y otro «la he empezado ha

CUADRO 4

Utilización del dinero de la emigración en destino

	Casa de l. ^o Rural	Hacienda	Electrodomésticos	Supervivencia
Magrebíes	3 (2,3%)/1 (0,7%)	5 (2,5%)	41 (31,5%)	81 (62,3%)
Centroafricanos	2 (2,8%)/5 (7,1%)	4 (5,7%)	12 (17,1%)	47 (67,1%)
TOTAL	5,5%	4,5%	26,5%	64%

Fuente: Encuesta a 200 inmigrantes. Elaboración propia.

hacer este verano»; un guineano está edificando una casa «poco a poco» y un senegalés –de venta ambulante– afirma que se la construido ya; éstas han sido construidas con materiales consistentes: «casa de futuro», como la denominan.

A la pregunta de si conocen a algún compatriota que se la haya construido, sólo 10 respondieron afirmativamente (7 centroafricanos, 2 marroquíes y un egipcio): los 7 primeros mantuvieron que eran «casas rurales»; los 3 magrebíes dijeron: «se las están haciendo». El resto responden que no –«eso es muy difícil, con el dinero que se gana en España»–, aunque dejan abierta la posibilidad de que alguien pueda conseguirlo. Muchos centroafricanos hacen referencia a un guineano, residente en Madrid, que se ha construido un palacio en Bissau: pero le tocaron 147 millones en «la primitiva». De inmigrantes que trabajan en Francia, Alemania, Bélgica e Italia destacan a un número muy superior.

La mejora de la hacienda. El costo de la tecnología importada es excesivamente elevado para un campesino africano: un tractor; una furgoneta, reformar el establo; una bomba de extracción de agua o mejorar el riego, etc., son objetivos prácticamente impensables para las familias rurales que dependen de los envíos de sus inmigrantes instalados en Almería. Pero siempre hay excepciones; destaco las que conozco: un senegalés asegura que su padre compró un arado; un guineano, un caballo y un carro («porque estamos tres hermanos fuera: dos en Roquetas y uno en Italia», y todos envían efectivos); un marroquí se ha comprado una bomba para extraer agua de su pozo (250.000 ptas.). Dos amigos de Agadir (Marruecos), en la costa atlántica, han comprado dos camellos para fotografiar en ellos a los turistas. Raimundo, natural de Guinea-Bissau, compró una forgoneta de segunda mano (500.000 ptas.) para enviar a su mujer, que pensaba dedicarla a la compra y venta de vino a granel, pero un amigo, a quien se la había prestado, tuvo con ella un accidente y la dejó inservible. El año anterior había adquirido un arcón-congelador, para hacer polos helados, granizadas... «y sacar unos pesos para la escuela de los niños». Raimundo, que llegó en el año 1984, «tiene suerte», pues trabaja en la construcción todo el año.

Compra de electrodomésticos. Sin embargo, con mucha frecuencia los inmigrantes emplean sus ahorros en adquirir electrodomésticos: frigoríficos, congeladores, lavadoras y, muy especialmente, cassettes,

equipos de música, televisión y vídeos, enviándolos a la familia (directamente o con amigos). Los marroquíes y argelinos son más propicios a emplear el dinero en estos conceptos: 41 magrebíes aseguran haber utilizado alguna vez sus ahorros en mejorar la presencia del hogar. Obsérvese cómo buena parte de su dinero tiene un destino asociado a inversiones no productivas; incluso más vinculadas a un concepto *capitalista de rentabilidad* y con la obtención de prestigio en el interior de la comunidad o barrio de vecinos, que para la mejora de los recursos productivos. Parecería existir una cierta «irracionalidad» en la inversión del dinero proveniente de la migración, que genera entonces más una dependencia del consumo, que una mejora en la base productiva comunal.

Pero no es tal irracionalidad. Primero, porque una familia que tiene mínimamente asegurada su alimentación diaria, necesita mostrar a los demás que su hijo –esposo o hermano– «gana abundante dinero en España»: que su marcha no fue un fracaso. Es la ambivalencia entre la propia percepción que se tiene de sí –como unidad familiar– y la adscripción por los otros, manifiesta en el prestigio que se asocia a la emigración y su éxito. Disponer de televisión en color y vídeo, lavadora y frigorífico, frente a unos vecinos que carecen de ellos, es, para la familia, una aproximación a la ideología urbanocéntrica de progreso y de hábitos de consumo; entrar en modelos de vida europeos. Los magrebíes –y algunos centroafricanos– han asociado la «idea de prestigio» con «consumo» y con «conocimiento del mundo exterior». Recuérdese, también aquí, el «juego del espejo» al que ya me he referido. La riqueza produce beneficios en términos de consumo y también puede proporcionar una posición social tal que, tanto mayor sea en comparación con los demás, mayor será su utilidad. «Cuando envío dinero a mi familia, lo primero que hace mi padre es ir al bar para invitar a todos sus amigos. “Ha mandado dinero mi hijo”, les dice» (Abderrahim, marroquí).

Segundo, porque ambos –emigrante y grupo no emigrante– son conscientes que con el conjunto de remesas que envía no se puede aspirar a adquisiciones de mayor embergadura: una casa también cuesta allí varios millones de pesetas, como un tractor o un coche; cantidad que tardarían en ahorrar los inmigrantes en Almería una década o más. Las posibles mejoras infraestructurales son necesariamente muy limitadas.

Los electrodomésticos, una moto o bicicleta, son mucho más asequibles y también ofrecen, simbólicamente, prestigio.

La supervivencia. Como ya sabemos, el dinero enviado desde la emigración es escaso, insuficiente para pensar en la mejora de los recursos económicos o infraestructurales del grupo doméstico en origen: es mínima la ganancia neta de cada inmigrante, después de superar los costes de vida en España y las condiciones del trabajo en la agricultura; no obstante, convertidas las remesas financieras en moneda oficial (dirhams, pesos, francos sefa, etc.) es, en multitud de casos, mucho más de lo que toda la unidad doméstica en origen puede reunir combinando las posibles formas de recursos propios -agricultura, ganadería, comercio- con un eventual trabajo asalariado de algunos de sus miembros. Por ende, el *diferencial salarial* que llega desde la emigración se ha incorporado a la supervivencia de la familia y pasa a ser un recurso muy estimable para garantizar su reproducción.

Esto es, el dinero remitido lo destinan las familias principalmente a cubrir los gastos corrientes, como alimentación, ropa, material escolar, el pago de los servicios públicos, como la luz o el alquiler y a la compra de utensilios domésticos y mejora del hogar: camas, muebles, etc. Sólo 11 inmigrantes magrebíes aseguraron que los envíos que realizan no se utilizan necesariamente en gastos primarios (declaran que sus familias están bien acomodadas y sus envíos son por el tiempo de las fiestas). Por su parte, todos los centroafricanos mantienen que éstos son la causa principal de su salida del país; asegurando, además, que las familias de sus compatriotas también necesitan de este diferencial salarial «para comer y vivir».

EL RIESGO DE LA EMIGRACION

Después de lo analizado hasta aquí, cabe una pregunta: ¿les ha merecido la pena correr el riesgo de abandonar sus países? Si los beneficios esperados a largo plazo no están siendo posibles y, por ende, no se han convertido en generadores que provoquen en la explotación familiar un cambio tecnológico, ni en la creación de una nueva vía que incremente por sí mismo los ingresos familiares, ¿no sería más «racio-

nal» volver? Esta es la pregunta que con más insistencia le hacen los españoles –incluidos los investigadores–, sobre todo cuando comprueban sus situaciones socioeconómicas y los oyen quejarse. El problema es que el tema de la relación tetralógica que se establece entre los binomios *riesgo/satisfacción-personal-familiar* es de muy difícil constatación empírica para los estudiosos; pero conviene, sin embargo, un acercamiento.

Para constatarlo introducimos una serie de preguntas, similares a las que iban en la encuesta del Proyecto sobre *recursos y necesidades*: primera, satisfacción respecto a las circunstancias actuales: «¿estás satisfecho de cómo vives aquí?». El 31% respondieron «poco satisfecho»; el 48% dijeron «algo satisfecho»; están «bastante satisfecho» el 14% y el 7% «muy satisfecho». Según estos datos, sólo el 21% viven en la actualidad en un estado satisfactorio (31). No es posible encontrarse de otra manera, sin un trabajo asegurado ni una vivienda digna.

Segundo, respecto a la satisfacción de cómo ha evolucionado su situación desde que llegaron a Andalucía: «¿cómo te han ido las cosas desde tu llegada?». El 8% aseguran que «muy bien»; el 22% dicen «bien»; el 51% «ni bien ni mal»; afirman que «mal» el 16% y «muy mal» el 3%. Esto es, al 70% de los inmigrantes encuestados no le han ido las cosas bien desde que están en España o Almería, concretamente (32). Ya vimos en páginas anteriores que su proyecto migratorio, económicamente, había fracasado.

Ahora bien, si tomamos como referencia estos datos, aparentemente parecen contradictorias las respuestas de la última pregunta, que evalúa la satisfacción con la decisión de emigrar: «en este momento, ¿fue la mejor decisión salir de tu país?». Únicamente el 9% aseguran que no; el

(31) Respecto a la satisfacción con las circunstancias vitales, los inmigrantes de Andalucía respondieron: «poco satisfecho», el 26,2%; «algo satisfecho», el 34%; «bastante satisfecho», el 25% y «muy satisfecho» el 14,6%. El 39,6% de los inmigrantes vive en un estado de satisfacción, bastante superior a los que viven en Almería; sin duda, la carencia de vivienda tan acuciante que se vive en esta provincia influye sobre manera en esta situación (Martínez *et al.* 1996).

(32) Los inmigrantes africanos asentados en Andalucía respondieron a esta pregunta justo lo contrario a quienes viven en Almería: «muy bien», el 11,7%; «bien», el 30,9%; «ni bien ni mal», el 42,3%; «mal» el 10,8% y «muy mal», el 4,4%. El 42,6% de los encuestados afirmaron encontrarse bien; o dicho de otro modo, el 84,9% no creen encontrarse mal en la actualidad (Martínez *et al.* 1996).

91% de los inmigrantes mantiene que salir de su país fue la mejor decisión (33).

¿Qué sucede? ¿Podemos pensar que padecen algún grado de masoquismo los inmigrantes, o es que carecen de alternativa posible? ¿Son unos irracionales, o es que, en realidad no les va tan mal?

Nos hemos adentrado en la cuestión del riesgo al que todo emigrante está obligado a correr y la satisfacción que puede alcanzar, una vez establecido en destino. Trataré de explicar su comportamiento, tanto desde la perspectiva individual como familiar.

Desde una percepción del *riesgo subjetivo*, el inmigrante sabe que vive con penalidades, falta de una buena alimentación, de vivienda confortable y en paro bastantes meses a lo largo del año. Pero es que en su país, como ellos mismos reconocen, no tenían ningún futuro, ni económico ni social; en algunos aspectos, tampoco allí iban a estar mejor. Con otras palabras, cuando en origen no existen opciones de diversificación de los recursos financieros, la estrategia clara que debe seguir la familia es una «inversión de cartera» en una actividad que genere ingresos a corto y medio plazo. O lo que es igual, la migración al exterior de uno o más miembros de la familia es una buena solución. Por ello, en su concepción migratoria, la relación entre, (a) la aversión al riesgo, debido al alto índice de riesgos iniciales (coste del viaje, rechazo en la frontera, no encontrar trabajo, desprecio de la población autóctona, etc.); (b) la diferencia entre los ingresos-beneficios esperados (diferencia salarial) y (c) la migración al exterior, tiene una clara consecuencia, decantada a favor de esta última.

Y esto es así porque se intercambian riesgos de *nivel medio-bajo* –si permanece en el país no hay riesgo del viaje, pero sigue sin un futuro claro–, por *riesgos inmediatos altos*, pero se alberga la esperanza de que más adelante se verán reducidos: se encontrará trabajo-ganará dinero-enviará remesas financieras a origen.

(33) También los africanos residentes en Andalucía contestaron mayoritariamente de manera afirmativa: el 75% cree que fue acertada la decisión de emigrar. Tal vez no sea más que una autojustificación o bien porque tienen como referente de comparación el país de origen, en cuyo caso su proyecto migratorio puede ser interpretado, al menos, como una mejora relativa (Martínez *et al.* 1996).

Si se considera la emigración como una hipótesis, el individuo compara los dos niveles de ingresos esperados –en origen y fuera– a lo largo de toda la vida –o de la década inmediata– y si en su país «no tiene futuro», no existe más salida que optar por correr un alto riesgo inmediato, con tal de asegurar a medio y largo plazo su supervivencia y la de su familia.

Desde una percepción del *riesgo objetivo* o *familiar* –del grupo no emigrado–, se sabe que el diferencial salarial que llega desde España ha supuesto realmente, al menos, su seguridad en la supervivencia y la reproducción. Por ende, el envío de alguno de sus miembros al extranjero ha sido positivo. Ha merecido la pena correr el riesgo de la emigración, ya que con ella se facilita la reducción del «riesgo total familiar», mediante la diversificación de las fuentes de ingresos. Además, tanto el individuo como la familia, con la adquisición de algunos electrodomésticos, *bici* o moto, algo impensable años atrás, han cambiado los hábitos de consumo y han accedido a la –«soñada»– lógica económica capitalista exterior –europea–. «La emigración puede utilizarse, por ejemplo, para mejorar de rango en el grupo de referencia de origen rural más de lo que habría sido posible quedándose en el pueblo» (Stark 1993: 74).

No obstante, esta mejora de la situación en origen (del grupo no emigrado), no elimina, sin embargo, el descontento que el emigrante vive en Almería, ante su estado económico, social y personal: escasez de trabajo asalariado, viviendas en pésimas condiciones de habitabilidad (los cortijos), desarraigo, pobreza, marginalidad y desprecio por parte de los nativos. Por ello, la constatación de la satisfacción no utiliza los mismos parámetros en el individuo que en la familia. Para ésta se mide desde una perspectiva económica, del dinero que recibe; y tampoco es consciente de la amargura social en la que puede hallarse inmerso el emigrante, ya que éste procura ocultar su realidad vital, para evitar sufrimientos a muchos miles de kilómetros de distancia. Por su parte, el emigrante, al ser preguntado por su satisfacción personal, reconoce que no es ni la idónea ni la esperada, y así se expresa, como un insatisfecho. Pero piensa que fue lo mejor que pudo hacer, pues de otra manera su familia pasaría más necesidades. Su sacrificio individual se corresponde con una mejora de la supervivencia familiar, por ello ha merecido la pena salir y ésta fue la mejor decisión que pudo tomar en su momento,

aunque en la actualidad viva mal. Sabe que si se mantiene aquí es muy probable que mejore en un tiempo próximo.

Conclusión: es preferible emigrar a no emigrar, aun cuando el inmigrante tenga, individualmente, una gran aversión al riesgo. Así se explica que el 91% de los inmigrantes entrevistados en la provincia de Almería aseguren que ésta fue la mejor decisión que podían tomar, aún conociendo que el 70% consideran que las cosas no le han ido bien desde que llegaron a España. La aparente contradicción no es tal: la emigración es un riesgo que merece la pena correr, aunque los beneficios esperados a largo plazo no están sirviendo, hasta el momento, más que para alimentar a la familia y comprar algún electrodoméstico (que, para un continente de pobreza como el africano y la percepción de quien no tenían ningún futuro, en principio, no parece que sea desdeñable); porque, pasados los primeros años, se tiene la esperanza de mejorar y situarse en una posición más ventajosa.

BIBLIOGRAFIA

- ARAGÓN BOMBÍN, R. (1993): «La incidencia de la inmigración en el mercado de trabajo». Curso: *Inmigración, racismo y políticas de integración social*. U.I.M.P. Santander.
- , CHOZAS PEDRERO, J. (1993): *La regularización de inmigrantes durante 1991-1992*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- CÓZAR VALERO, M.^a E. (1984): *Emigración exterior de Almería*. Universidad de Granada. Granada.
- (1994): «La inmigración africana en Almería». *Simposio Internacional sobre Desertización y Migraciones*. ONU. Almería.
- CHECA, F. (1993): «Los espaldas mojadas, náufragos en un mar de plástico». D. Provansal (coord.) *Migraciones, segregación y racismo*. A.C.A., VI Congreso de Antropología. Tenerife: pp. 39-54.
- (1995): «Las pateras y el Mediterráneo: un rito de paso hacia la modernidad». *I^ª Jornadas antropológicas sobre el Mediterráneo: el ritual como forma de expresión simbólica*. Almería (actas en prensa).
- FELD, S.-MANÇO, A. (1993): «La integración de los jóvenes de origen extranjero. Tipos de formación y procesos de inserción en el mercado de trabajo». En G. Ph. Tapinos (Dtor.): *Inmigración e integración en Europa*. Fundación Paulino Torras, Barcelona: pp. 127-162.

- GARCÍA LORCA, A. M. (1994): «De la agricultura tradicional a la tecnológica. “Versus” de la emigración a la inmigración». *Simposio Internacional sobre Desertización y Migraciones*. ONU. Almería.
- GIMÉNEZ ROMERO, C. (1992): «Trabajadores extranjeros en la agricultura española: enclaves e implicaciones». *Estudios regionales*, 31; pp. 15-35.
- INAOUI, MOHAMMED (1994): *Algunos factores de la inmigración marroquí en España*. Trabajo de Investigación. Universidad Complutense de Madrid; 106 p. (mecanografiado).
- INFORME DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE MIGRACIONES (1993): *Anuario de Migraciones*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- IZQUIERDO ESCRIBANO, A. (1992): *La inmigración en España 1980-90*. Ministerio de Trabajo y S. Social. Madrid.
- (1993): «Política e inmigración en la España de 1992». En Luis V. Abad y otros: *Inmigración, Pluralismo y Tolerancia*: pp. 87-123.
- (1995): *Los inmigrantes extranjeros en Andalucía. Perfil sociodemográfico*. Sevilla, Consejería de Asuntos Sociales.
- JABARDO VELASCO, M. (1993): «Inmigrantes magrebíes en la agricultura: la Vega Baja del Segura (Orihuela)». B. López y otros: *Inmigración magrebí en España. El retorno de los moriscos*. Mapfre, Madrid: pp. 267-288.
- LÓPEZ GARCÍA, B. (1993): «Inmigración marroquí en España: la relación entre las geografías de origen y destino». *Política y Sociedad*, 12, Madrid: pp. 79-88.
- et al.* (1993): *Inmigración magrebí en España. El retorno de los moriscos*. Mapfre. Madrid.
- MARTÍNEZ, M.; GARCÍA, M.; MAYA, I.; RODRÍGUEZ, S. y CHECA, F. (1996): *La integración social de los inmigrantes africanos en Andalucía. Necesidades y recursos*. Sevilla, Consejería de Asuntos Sociales.
- MENDIZÁBAL VILLALBA, M. (1986): «La agricultura de Almería entre la tradición y el progreso. Su última conquista: los cultivos protegidos». *I Jornadas Nacionales de Cultivos Protegidos*. Almería.
- MORENO TORREGROSA, P. (1993): «Argelinos y marroquíes en Valencia: la aportación argelina a la inmigración magrebí en España». B. López y otros: *Inmigración magrebí en España. El retorno de los moriscos*. Mapfre, Madrid: pp. 241-251.
- NACIRI, M. (1992): «Le Maroc Méditerranéen: l'envers du décor». *Le Maroc Méditerranéen. La Troisième dimension*. Le Fennec, Collection Grem. Casablanca.
- NARBONA REINA, L. M. (1993): *Marroquíes en Viladecans. Una aproximación al tema de la inmigración*. Ayuntamiento de Viladecans. Viladecans (Barcelona).

- PALOMAR OVIEDO, F. (1992): *Los invernaderos en la costa occidental de Almería*. Cajal. Almería.
- PROVANSAL, D. (1993): «Autóctonos, migrantes e ilegales. La producción social de la diferencia cultural y del racismo». D. Povansal (coord): *Migraciones, segregación y racismo*. A.C.A., VI Congreso de Antropología. Tenerife: pp. 39-54.
- y MOLINA, P. (1989): *Campo de Níjar: cortijeros y areneros*. Diputación Provincial. Almería.
- PUMARES, P. (1993): «Problemática de la inmigración marroquí en España». *Política y Sociedad*, 12, Madrid: pp. 139-148.
- RAMÍREZ, A. (1993): «La inmigración magrebí en la Cataluña agrícola. Marroquíes en el litoral catalán». B. López y otros: *Inmigración magrebí en España. El retorno de los moriscos*. Mapfre, 1993, Madrid: pp. 225-239.
- ROUX, B. (1995): «Estado, agricultura familiar y modernidad: el desarrollo de la horticultura intensiva en las regiones litorales del sur de España». F. Checa (coord): *Los estudios de antropología y folclore en Almería. Demófilo*, 15. Sevilla: pp. 87-102.
- RUIZ, J. I. y BLANCO, M.^a C. (1994): *La inmigración vasca. Análisis trigeneracional de 150 años de inmigración*. Universidad de Deusto. Bilbao.
- STARK, O. (1978): *Economic-Demographic Interactions in the Course of Agricultural Development: The Case of Rural-to-Urban Migration*. Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. Roma.
- (1993): *La migración del trabajo*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- TODARO, M. P. (1969): «A Model of Labor Migration and Urban Unemployment in Less Developed Countries», *American Economic Review*, 59(1): pp. 138-148.
- VALERA UGARTE, M.^a J. (1993): «Inmigrantes de origen magrebí en la comunidad autónoma del País Vasco». B. López y otros: *Inmigración magrebí en España. El retorno de los moriscos*. Mapfre, Madrid: pp. 291-303.

PALABRAS CLAVE: *Procesos migratorios, Cultivos invernadero, Almería.*

RESUMEN

La expansión económica del Campo de Dalías significa el espectacular desarrollo de la horticultura intensiva, que ha convertido un antiguo erial en un «mar de plástico»; y, como consecuencia, la necesidad de mano de obra no especializada que ha atraído a gran número de inmigrantes. Este trabajo trata una serie de cuestiones que no siempre son abordadas en su conjunto de los estudios económicos sobre inmigrantes. Se aborda la problemática desde una triple óptica, que comprenda todo el proceso económico migratorio:

Primera, decisiones sobre la salida: ¿el fenómeno migratorio responde a decisiones estrictamente personales o detrás de cada partida hay un proyecto más amplio, relacionado con un cálculo de probabilidades y de riesgo-beneficios de toda la familia o grupo doméstico de origen?

Segunda, la situación sociolaboral del emigrante en destino: ¿obtiene el inmigrante de Almería –empleado en los invernaderos– las ganancias suficientes para que su rendimiento neto cumpla la hipótesis de los beneficios a largo plazo, esperados antes de su partida?

Tercera, su relación con el lugar de procedencia: ¿las remesas de los inmigrantes están siendo impulsoras del desarrollo económico de sus comunidades?

A modo de conclusión se responde a una cuestión de calado teórico: ¿les ha merecido la pena correr el riesgo de abandonar sus países?

El autor presenta la metodología utilizada para obtener estos resultados, basados en una encuesta pasada a 200 inmigrantes residentes en la provincia de Almería.

RESUME

L'expansion économique de Campo de Dalías représente l'essor spectaculaire de l'horticulture intensive, qui a transformé un ancien terrain inculte en une «mer de plastique», et, comme conséquence, la nécessité d'une main d'oeuvre non spécialisée qui a attiré de nombreux immigrants. Dans ce travail, il est envisagé une série de questions qui ne sont pas toujours abordées dans leur ensemble dans les études économiques réalisées au sujet des immigrants. Il y est utilisé une triple approche couvrant tout le processus économique de la migration.

La première a trait à la décision de partir: le phénomène migratoire répond-il à un choix strictement personnel ou bien existe-t-il derrière chaque départ un projet plus vaste relevant d'un calcul de probabilités et de risque-bénéfice de toute la famille ou groupe familial d'origine?

La seconde concerne la situation sociale et professionnelle de l'émigrant à destination: l'immigrant d'Almería –employé dans les serres– obtient-il les profits suffisants pour que son rendement net réponde à l'hypothèse des bénéfices à long terme prévus avant son départ?

La troisième porte sur les rapports de l'immigrant avec son lieu de provenance: ses envois encouragent-ils le développement économique de sa communauté?

En guise de conclusion, il est répondu à une question d'ordre théorique: le risque qu'il a couru en quittant son pays a-t-il valu la peine?

L'auteur présente la méthodologie utilisée pour obtenir ces résultats, fondés sur une enquête réalisée auprès de 200 immigrants résidant dans la province d'Almería.

SUMMARY

The remarkable development of intensive horticulture seen in Campo de Dalías, which has turned a formerly uncultivated district into a «sea of plastic», has brought about an economic boom there. The consequent demand of unskilled labour has attracted a large number of immigrants. This paper deals with a number of issues which are not always considered as a whole in economic studies on immigrants. The subject is approached from three different angles, covering all the economic implications of the migration process.

In the first place, the decision to leave their place of origin: is it a strictly personal decision, or does each individual leave home as part of a wider project, which involves reckoning the chances and the risks compared with the benefits for the whole family or domestic group?

Secondly, the social and labour situation of immigrants in the place of destination: do the net earnings of those who emigrate to Almería, to work in the greenhouses, meet their expectations regarding the long-term benefits when they decided to leave?

In the third place, the immigrants' ties with their places of origin: are their remittances helping to bring about the economic development of their communities?

As a conclusion the author responds to a theoretical question: has it been worth the risk of leaving their countries?

The author describes the methodology used for reaching these results, which are based on a survey of 200 immigrants living in Almería province.